

- Crisis económica en Inglaterra
- Nuevo gobierno en Francia

Por CARLOS ESPLA

A.P.C.E. 277
SIG.: J.24/1419

AL cabo de dos días de vivo debate en la Cámara de los Comunes, el gobierno laborista británico ha obtenido un voto de confianza para llevar al cabo su programa de economías con que hacer frente a las repercusiones de la desvalorización de la libra esterlina. Por primera vez, el ministro de Hacienda sir Stafford Cripps ha empleado en dicho debate la palabra "desvalorización", pues hasta ahora habíase limitado a hablar de un "reajuste del tipo de cambio de la libra". Naturalmente, el problema era bastante más grave que ese simple juego de palabras, y no podía resolverse recurriendo sencillamente a una figura retórica. La crisis producida por tal "reajuste" impone un nuevo plan de austeridad al ciudadano británico, que es uno de los que con más privaciones están contribuyendo a la liquidación de la pasada guerra.

En torno a esta crisis se había agitado el problema político planteado por los conservadores, deseosos de llegar rápidamente a unas elecciones generales para aprovechar las primeras consecuencias desfavorables de la desvalorización y poner fin al programa de nacionalizaciones del Partido Laborista. Pero el primer ministro Clement Attlee dispuso por el momento las esperanzas electorales conservadoras, y anunció este plan de economías, que, como el anuncio de las mismas elecciones, amenazaba con dividir su propio gobierno. Entre los partidarios de mayores economías y los que querían menos aún, se llegó a un acuerdo para proponer una reducción de 280 millones de libras en el presupuesto anual, que se eleva a 3,300 millones, o sea, el 8.5 por ciento sobre este total. El corte en el presupuesto afecta a los capítulos de defensa nacional, construcción de viviendas populares y de escuelas, obras públicas, servicios médicos del seguro social, subsidios para alimentos y personal de la administración pública. En las fuerzas armadas se hará una reducción de 20,000 hombres; en las nóminas del "servicio civil" la disminución será de 10,000 funcionarios. La construcción de casas se reducirá de 300,000 al año, como había en proyecto, a 175,000. En los servicios médicos del seguro social, que antes eran gratuitos, salvo el pago de la cuota del asegurado, habrá que abonar ahora determinados suplementos para ciertos servicios, lo mismo que en el desayuno escolar.

Estas economías presupuestarias se completan en el plan del gobierno con una importante reducción en las importaciones, sobre todo en las que han de ser pagadas con dólares, y con otras restricciones también importantes.

EL DEBATE Y LA VOTACION

Con este plan, anunciado previamente por radio, se presentó el gobierno laborista a la Cámara de los Comunes, solicitando un voto de confianza, al que los conservadores opusieron uno de censura. En el debate promovido con tal motivo la oposición no ha estado formada únicamente por la numerosa minoría conservadora, sino también por los demás grupos pequeños de la Cámara y aún por los diputados que dejaron de formar parte de la mayoría laborista. Los conservadores, que han llevado la dirección del ataque con las vigorosas intervenciones de Anthony Eden y de Winston Churchill, han considerado las medidas propuestas por el gobierno como insuficientes y tardías. El combativo Churchill llegó a decir sarcásticamente que el gobierno laborista "había desvalorizado la libra, había desvalorizado a la nación y se había desvalorizado a sí mismo", y hasta habló de "bancarrota financiera, moral y mental". Pero, pese a la virulencia de estos ataques, las economías apuntadas en su discurso por Eden, en nombre de los conservadores, no se diferencian fundamentalmente de las que contiene el programa presentado por el gobierno. La posesión fuerte de los que han atacado a éste se ha debido, sin embargo, a que el gobierno había de defender un programa de sacrificios para hacer frente a una desvalorización que, hasta ahora, no ha dado todavía ningún resultado favorable

para la nación. Aún no ha podido recibir Inglaterra ningún beneficio representado por un aumento de exportaciones cobradas en dólares —en menos dólares— y, en cambio, ha tenido que pagar más libras por los productos que necesita importar.

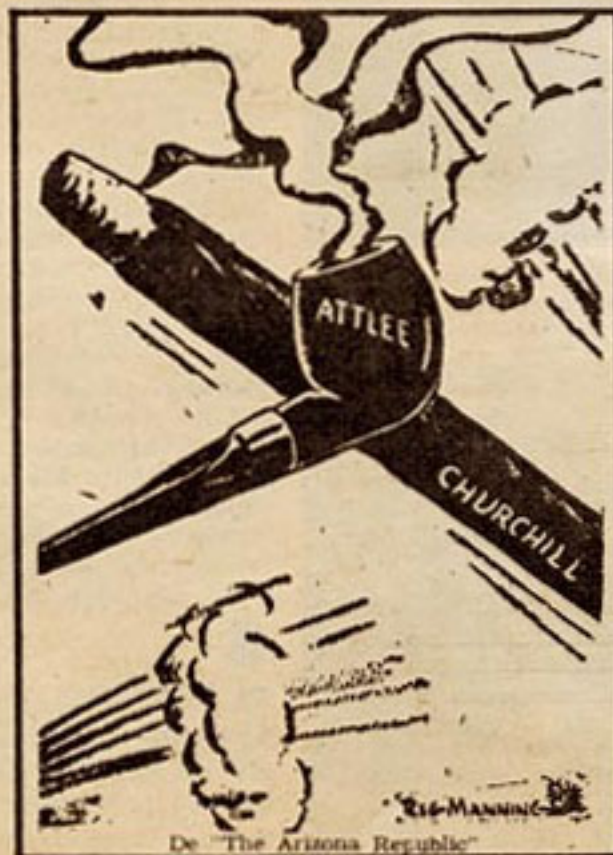
Pero, aparte las diferencias concretas sobre la cuantía de las economías y el alcance del plan de austeridad, los conservadores han aprovechado el debate para atacar los propósitos del gobierno laborista de cumplir su programa de nacionalizaciones. El gobierno anuncia, en efecto, que llevará a la práctica la de la industria del hierro y del acero. Esta medida, con la de reducir más aún las facultades de la Cámara de los Lores, constituyen dos puntos del programa laborista que todavía no han sido cumplidos y que el gobierno de Clement Attlee quiere convertir en realidad antes de las elecciones del año próximo.

El esfuerzo conservador para obtener la anticipación de las elecciones y el desarrollado ahora para negarle la confianza parlamentaria al gabinete laborista, han tendido igualmente a impedir la realización de tal programa. Los conservadores saben muy bien que una vez implantada una reforma radical, es demasiado difícil anularla. Por eso aceptan ya, tanto en lo que se refiere a las nacionalizaciones, como a la universalización de los servicios médicos del seguro social, lo fundamental de la obra realizada por los laboristas, a la que sólo proponen rectificaciones, aunque importantes, no su supresión total. Pero quieren que no se pase de lo ya realizado hasta ahora.

Al final del debate, el gobierno laborista ha obtenido la confianza parlamentaria por 337 votos contra 5. Antes había sido rechazada la censura propuesta por los conservadores por 352 contra 222. La mayoría gubernamental en ambos casos se ha reducido.

Aún con ese margen, menor que en otras votaciones anteriores, la formación ministerial de Clement Attlee tiene ahora despejado el camino parlamentario para seguir su obra de gobierno. Pero lo que no le ha quedado despejado es el espinoso camino que abre ante él la crisis económica, con la consecuencia inevitable de mayores privaciones para el pueblo británico.

SE CRUZAN LOS ACEROS



Con vistas a las elecciones venideras, el batallador Winston Churchill cuidará de sembrar más ortigas aún en ese camino.

BIDAULT FORMA GOBIERNO

Por fin, al cabo de veintitrés días de crisis, Georges Bidault ha podido formar gobierno en Francia. Aleccionado por los fracasos de Jules Moch y de René Mayer, los cuales hubieron de renunciar a constituir el ministerio después de haber recibido la confianza parlamentaria para ello, Bidault invirtió el orden de sus trabajos: primero procuró tener formada la lista de su gabinete, una vez resueltas todas las pugnas entre los partidos para la distribución de carteras, y luego se presentó a la Asamblea Nacional para solicitar su confianza. El nuevo Presidente la obtuvo por 367 votos contra 183, o sea 56 y 26 más de los que obtuvieron, respectivamente, Moch y Mayer.

El programa expuesto por Bidault a la Asamblea coincide en sus puntos esenciales con los que fueron presentados por sus antecesores. La fórmula válida para resolver la crisis sigue siendo la que comprende la vuelta al sistema de negociación directa entre obreros y patronos para regular los salarios, la bonificación por una sola vez de 3,000 francos a los sueldos menores de 15,000 y una serie de medidas para obtener la reducción de precios en los artículos de primera necesidad. Los demás extremos de la declaración gubernamental de Bidault coinciden también con los que anunciaron Moch y Mayer. Todo ello sirve, sin duda, como solución política, parlamentaria a la crisis gubernamental, pero no es tan cierto que sirva para resolver los problemas reales a que están destinadas tales fórmulas.

De todas suertes, con el mismo programa y con los mismos partidos, el nuevo Presidente ha triunfado donde sus antecesores fracasaron. Débase ello en parte a la habilidad con que ha llevado sus gestiones y a la autoridad personal del que fué jefe del movimiento de Resistencia durante la ocupación nazi y más tarde jefe del gobierno y ministro de Relaciones Exteriores; pero también al temor que han experimentado los partidos ante la prolongación de la crisis, que les ha hecho ceder en los puntos en que antes se mostraban intransigentes.

Las peripecias de esta crisis habían enconado las relaciones entre socialistas y radicales socialistas, dolidos unos y otros por lo estorbo que se habían puesto recíprocamente para formar gobierno. Como miembro del Movimiento Republicano Popular, Georges Bidault ha podido obtener de ambos partidos las concesiones que mutuamente se negaban: de los radicales socialistas ha obtenido que no exigieran como condición "previa la modificación de la ley electoral —cuestión que se había injertado en el conflicto político—, y de los socialistas que no insistieran en exigir la continuación de Daniel Mayer en el Ministerio del Trabajo, por la intervención que tuvo en la caída de Queuille.

Bidault ha formado un gobierno muy parecido al anterior. Conserva a su correligionario Robert Schuman en Relaciones Exteriores, al socialista Jules Moch —designado, además, vicepresidente del Consejo, lo mismo que el radical socialista Queuille— en el Ministerio del Interior, y al moderado Maurice Petsche en el de Hacienda y Asuntos Económicos. La cartera de Trabajo se la ha confiado a un socialista, Pierre Segelle.

El nuevo gobierno de Bidault continuará en Francia la experiencia de la "tercera fuerza", si los conflictos vivos en el país, el problema de precios y salarios y el de la difícil nivelación del presupuesto, permiten continuarla.